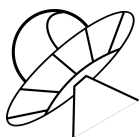


CATMANIAC

Catmaniac



Irene Robles

Primera edición: octubre 2024

©Derechos de edición reservados.
Irene Robles Martínez
www.ireneroblescifi.com

Relato
Terror

Edición: Irene Robles Martínez
Diseño de portada: Elena Marcia

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Ahí estaba la vecina del primero, alimentando a los gatos desde su balcón. Hacía meses que se habían instalado en la urbanización y aunque, por mayoría, los vecinos habían decidido no alimentarlos para no favorecer el aumento de la colonia, había quien, bien por desconocimiento, incumplimiento deliberado de las normas o por la ternura que le producía ver a esos cachorros jugar en los jardines, seguía dándoles de comer.

Tardé un tiempo en descubrir quién era. Al principio solo había un cuenco con pienso y una botella de plástico cortada por la mitad, llena de agua, junto al seto. Pero cada vez había más gatos y los cachorrillos, de patas pequeñas, pelo brillante y ojos saltones, eran más numerosos. Un día, asomado a mi ventana, vi cómo una mano bajo el toldo del primer piso lanzaba al jardín restos de comida. Bordes de masa de pizza, alguna pieza de fruta, las migas que se quedan al fondo de una bolsa de pan de molde... Lo que ella no quería se lo tiraba a los gatos, claro que estos, sibaritas y acostumbrados a lo mejor, tan solo comían lo que más les gustaba, no se iban a tragar cualquier cosa que ella les lanzara. Por lo tanto, además de gatos, el jardín se estaba llenando de basura.

Si algún vecino se acercaba al seto para quitar el cuenco de comida, los gatos se le enfrentaban, maullaban desafiantes, mostraban los colmillos, y más de uno se había ido con arañazos en los brazos. La protectora de animales del barrio estaba desbordada y se había desentendido.

La mujer del primero había tenido encontronazos con algunos vecinos. Uno de ellos, desde la piscina, un día la vio en plena acción y le pidió que abandonara esa costumbre insalubre, ya que la arena del parque infantil también estaba removida y llena de cacas, y varios niños habían sufrido mordeduras de pulga. A modo de respuesta, ella lanzó excrementos de gato, que cayeron al agua, salpicaron a los bañistas e hizo que estos salieran del agua despavoridos. Desde la seguridad de mi piso llamé a la policía para informar de lo sucedido.

Al día siguiente, cuando salí de casa para ir a trabajar, un gato me esperaba en el rellano. Me miraba fijamente, sentado muy tieso y con la cola recogida en torno a sus patas. Tenía las pupilas dilatadas y las garras, aunque en reposo, mostraban unas uñas afiladas. Cuando fui a cerrar la puerta me di cuenta de que las había usado para marcarla. Cuatro finas líneas rectas a la altura de mis rodillas.

Los días siguientes muchos más gatos invadieron mi planta: maullaban a todas horas, señalaban con zarpazos puertas y ventanas, marcaban su territorio por todas las esquinas, se tumbaban en el felpudo y al pasar me arañaban la ropa. Mientras, en la primera planta, junto a la puerta de mi vecina, se amontonaba una pila de gorrones, palomas y ratoncitos muertos.

El ruido, el mal olor y la tensión me estaban volviendo loco. Cada vez había más y más gatos, volver a casa era exasperante. Una tarde, ya desesperado, bajé al primero, ¡le iba a cantar las cuarenta! Decenas de gatos se agrupaban en el pasillo y fueron abriéndome paso mientras avanzaba, parecían entender la tregua y no me saludaban con sus garras afiladas. Tuve que contener la respiración ante la pila de alimañas muertas. Toqué al timbre y cuando me abrió la puerta, intenté disimular mi asombro: la mujer llevaba unas lentillas que imitaban unas finas pupilas negras y unos iris blancos, la parte baja de su nariz era plana y oscurecida, mientras que sobre el labio la piel era abultada y asomaban unos injertados bigotes negros; las hélices de las orejas acababan en punta y las uñas eran tan largas que me dieron grima. Su expresión era extraña, entre curiosa y molesta. Me deshinché, sería imposible razonar con ella, y mi cabeza trató de dar un pretexto creíble a mi inesperada visita, pero no pude. Sin mediar palabra me di la vuelta y me marché.

Al volver a casa, varios gatos se habían colado dentro: habían mordisqueado y arrancado el cable del teléfono, habían orinado por todas partes, casi toda mi ropa estaba llena de pelos y había excrementos sobre mi almohada. Abrí la ventana buscando aire fresco, no podía so-

portar ni el olor de mi piso ni el acoso que estaba sufriendo. Lo que vi volando esta vez desde el primer piso era parte de una mano humana, cuyas falanges estaban expuestas, repelada la carne superior. Reprimí las arcadas, corrí adentro y llené una mochila con lo imprescindible.

El aparcamiento estaba desierto, del resto de vecinos tan solo quedaban las huellas de neumáticos marcadas en el asfalto con restos de pelo y sangre. Me metí en el coche, bloqueé las puertas y arranqué. Los segundos que tardó la puerta automática en abrirse se me hicieron eternos. Cuando estaba a punto de cruzarla, sentí un zarpazo y la carne de mi mejilla se abrió. El arañazo estuvo cerca de sacarme un ojo. Aceleré por instinto, con ansias de huir. El gato se agarraba con las uñas al asiento a la vez que yo giraba a un lado y a otro. De golpe frené y el animal se golpeó contra el parabrisas. Aproveché su aturdimiento y con desesperación lo agarré del cuello mientras abría la ventanilla y lo lancé fuera. Emitió un maullido terrorífico, un gruñido salvaje. Aquello alertó al resto de gatos, que empezaron a perseguirme. Volví a pisar el acelerador y me alejé de allí, no sin llevarme por delante a más de uno.

Me miré en el espejo, cuatro líneas ensangrentadas me cruzaban la mejilla. Respirando de forma todavía acelerada, pero con cierto alivio por alejarme de allí, comprobé el retrovisor: la vecina del primero estaba en medio de la calle, despidiéndose con esas uñas largas y una media sonrisa siniestra. Supongo que ha ganado, ha colonizado el edificio y ha desterrado a la especie más débil.

Sobre la autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones, y *Trans XYQ* (2021, Apache Libros), una novela juvenil de ciencia ficción que trata la identidad.

Verde, el mal tiene muchas formas (2018) fue su primer relato de terror y fantasía paranormal, género con el que continúa tímidamente con este nuevo relato *Catmaniac* (2024). En digital también ha publicado la saga *Nosotros llegamos primero* (2020), *En el espacio nadie puede oír tus villancicos* (2020) y *Siesta total* (2022), relatos space opera con una tripulación muy peculiar y en los que homenajea a obras muy conocidas de este género. El cuento distópico *Matrícula de amor* (2021) ha sido publicado en la revista Opportunity. Todas estas obras están disponibles en la plataforma digital Lektu.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2* y para la publicación *Visiones 2019* de la Asociación Pórtico con el relato *La paradoja de Lightmoon*, libro en homenaje al escritor Isaac Asimov. Ganó el 1º premio en el Concurso de Microrrelatos de terror convocado a través de Twitter por Hela Ediciones (2020).

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio.

Contacto: www.ireneroblescifi.com